

Deseo, temor y agencia en los relatos de vida de las personas transfemeninas del Área Metropolitana de Buenos Aires

Mariana Álvarez Broz*

RESUMEN: En este artículo me propongo dar cuenta de algunos aspectos de las trayectorias de vida de las transfeminidades no vinculadas a la prostitución con el propósito de mostrar los avatares de quienes postergan el hecho de asumir una identidad *trans* por temor a ser rechazadas en sus ámbitos familiares, educativos y laborales, y a perder sus vínculos afectivos erótico-amorosos. En lo que respecta a las herramientas metodológicas, trabajaré con el método conocido como “relato de vida” (*life stories*) con el propósito de identificar y describir los “índices”, entendidos como aquellos aspectos que son reconocidos tanto por las autoras del relato como por quien lleva adelante la investigación en tanto hechos que han marcado, sociológicamente hablando, la experiencia de vida de los sujetos. El propósito es analizar los relatos de vida focalizando en documentos vitales que ellas, de manera significativa, han seleccionado para contar sus historias de vida y la manera “clandestina” en que experimentan el género femenino.

Palabras clave: transfemineidades; relatos de vida; deseo; agencia.

ABSTRACT: In this article I intend to give an account of some aspects of the life trajectories of transfeminities not linked to prostitution with the purpose of showing the vicissitudes of those who postpone the assumption of a transgender identity for fear of being rejected in their fields family, educational and work, and lose their emotional and erotic-loving ties. Regarding the methodological tools, I will work with the method known as “life stories” with the purpose of identifying and describing the “indexes”, understood as those aspects that are recognized by both the authors of the story and by who carries out the investigation in as many facts that have marked, sociologically speaking, the life experience of the subjects. The purpose is to analyze the life stories focusing on vital documents that they, in a significant way, have selected to tell their life stories and the “clandestine” way in which they experience the female gender.

Key words: trans femininity; life stories; desire; agency.

1. Introducción

Este artículo surge de una investigación sobre las formas, los mecanismos y las relaciones de (des)igualdad que atraviesan a la comunidad travesti-trans en la Argentina contemporánea (1990-2015)¹. Realicé el trabajo de campo entre los años 2013 y 2016 con personas trans-travestis residentes en el Área Metropolitana de Buenos Aires.

En esta oportunidad partí de un dato significativo: las historias de vida de las travestis y las transexuales vinculadas con la prostitución (TyT) son las “más conocidas” -y me atrevo a decir las únicas- en lo que concierne a las situaciones de vulnerabilidad social a la que están expuestas, mientras que otras biografías permanecen invisibilizadas, transcurren entre penumbras, es decir, obtienen una tenue luminosidad, con intervalos, a lo largo de su proceso del devenir trans.

A partir de ese dato, me propongo, en esta oportunidad, dar cuenta de algunos aspectos de las trayectorias de vida de las transfeminidades² (TF) no vinculadas a la prostitución con el propósito de mostrar los avatares de quienes postergan el hecho de asumir una identidad *trans* por temor a ser rechazadas en sus ámbitos familiares, educativos y laborales, y a perder sus vínculos afectivos y erótico-amorosos.

La particularidad de estas biografías es que asumen su identidad de género durante la adultez -en un gradiente que va desde los 18 hasta los 60 años-, y que a diferencia de las TyT vinculadas a la prostitución esto les posibilita dos cuestiones fundamentales: permanecer en las instituciones socializadoras por excelencia (familia y escuela) y acumular a lo largo del trayecto vital distintos capitales sociales, económicos y simbólicos. Esto, como veremos, si bien atemperará las desventajas no las eximirá de situaciones de estigmatización, discriminación y privaciones socioeconómicas.

En ese sentido, algunas de las preguntas que motivan este texto son: ¿Qué ideas y representaciones las llevaron a postergar su identidad de género femenina? ¿Qué consecuencias subjetivas trajo aparejadas? ¿Cómo experimentaron “lo femenino” en ese proceso de postergación? ¿De qué tácticas se sirvieron? ¿Qué instancias de expresión de su deseo se dieron para sí? ¿Quiénes fueron sus aliadas/os?

En ese marco, me interesa mostrar el proceso de subjetivación trans de las TF a partir del análisis de distintos documentos vitales (Denzin, en Sautu, 2004:19) que las entrevistadas utilizan para narrar secuencias biográficas, actores involucrados, escenas de relevancia y las valoraciones que le atribuyen a esos momentos.

En este sentido, utilizaré como material empírico los discursos de las transfeminidades en tanto son los “porta-sentidos de los actores, expresan las teorías del actor con las que se guía y resuelve asuntos de inteligibilidad y acción en el marco de su vida cotidiana” (Meccia, 2012).

Ahora bien, por un lado, abordaré la información que recabé a través de las entrevistas de sus narrativas “orales” -por llamarlos de alguna manera- y, por otro, consideraré en el análisis los relatos escritos como textos autobiográficos y los relatos pictóricos como una serie de cuadros que me invitaron a leer y a apreciar mis informantes. Estos documentos vitales despertaron especial interés en mí dado que me permitieron un acercamiento no sólo a la historia de sus vidas sino también a las

formas significativas que ellas eligieron para contar sus historias de vida (Meccia, 2018). Y al valor que ellas le otorgan a los objetos, los espacios y a las personas con las que se vincularon durante su proceso de transición. En el caso de Silvina, por ejemplo, la relevancia que adquirieron los autoretratos en el proceso de su descubrir femenino; o cómo la escritura funcionó para María Laura como un gesto de resistencia a esa feminidad reprimida. Asimismo, la importancia que tuvieron los “escenarios” que tanto Débora (en los shows musicales) como María Laura (en la peluquería) supieron construir para expresar -de manera solapada- su sentir íntimo y profundo. Y también las redes afectivas que movilizaron Alma, Raquel y María Laura para sobrellevar las dificultades socioeconómicas pero también institucionales en su devenir trans.

Desde una perspectiva epistemológica, abordaré este texto a partir de la noción de *trayectoria* en tanto ofrece elementos que contribuyen a una acabada comprensión del entramado del sujeto con lo social (Bourdieu, 1977). Desde el campo de la sociología se considera que el estudio de las trayectorias vitales permite obtener informaciones biográficas y además posibilita una contextualización de los procesos, es decir, la vinculación entre la biografía individual y las características estructurales de la situación histórica vivida (Bertaux, 1999).

Respecto de las herramientas metodológicas, trabajaré, específicamente, con el método conocido como “relato de vida” (*life stories*) –en su variante interpretativa comprensiva (Bertaux, 1980)- con el propósito de identificar y describir los “índices”, entendidos como aquellos aspectos que son reconocidos tanto por las autoras del relato como por quien lleva adelante la investigación en tanto hechos que han marcado, sociológicamente hablando, la experiencia de vida de los sujetos.

Me interesa esta perspectiva en tanto supone un proceso activo por parte de quien interpreta su vida seleccionando y organizando determinados acontecimientos, anécdotas, momentos de transición, escenarios, personas involucradas, explicaciones y justificaciones *ex post facto*, con los cuales va configurando una unidad de sentido. Estas “formas de relatar los acontecimientos tiene espesor sociológico en sí mismo, ya que puede apreciarse con qué elementos se arma la trama” (Meccia, 2011: 39).

En este sentido, los relatos de vida resultan propicios para dar cuenta de ese “punto de viraje” –también llamado “punto de inflexión” o “carrefour”- identificados por el sujeto, a partir del cual su biografía adopta un rumbo distinto o inicia una nueva etapa. Pero el interés no fue sólo identificar o describir esos momentos clave, sino más bien llegar a comprender qué llevó a esa persona a tomar ese camino y no otro, a dar ese cambio, en ese momento particular y en esa situación social específica (Kornblit, 2007: 23).

En relación a las técnicas de recolección de la información, las narrativas biográficas fueron obtenidas a través de la realización de entrevistas en profundidad con un tipo de contacto personal “cara a cara” y de modalidad semi-estructurada y, en ocasiones, no estructuradas (o conocidas también como entrevistas abiertas), generalmente como complemento de la observación en campo, privilegiando el *continuum* de libertad concedido al entrevistado (Marradi, 2012). Éstas tuvieron como propósito no sólo la obtención de información referida a la sucesión de acontecimientos vividos sino también a la verbalización de una apropiación individual de la

vida colectiva (Alonso, 1998). Las entrevistas fueron realizadas en su totalidad a través de la técnica conocida como bola de nieve, siendo fundamental en esta investigación acceder a los informantes a través de otra persona trans.³

A lo largo del texto, no sólo expondré algunas situaciones de vulnerabilidad social que las atreviesan sino que me detendré especialmente en las distintas prácticas agentivas (Ortner, 2016) que ponen en juego para paliar las situaciones de desigualdad social que se les presentan. Considero la agencia como la capacidad de desear, de producir “proyectos” y de llevar adelante prácticas para alterar y transformar el estado de las cosas. Esto implica, siguiendo a la autora, que la agencia constituye no sólo una forma de oposición o de resistencia a las relaciones de poder sino también la capacidad para encarar planes, tramas y proyectos vinculados al propio deseo (Ortner, 2016).

2. La (auto)expresión reprimida

2.1. Óleos

Lo primero que llamó mi atención el primer día que entré a la casa de Silvina⁴ fue la variedad de pomos de pintura desparramados sobre la extensa mesa de madera ubicada en el centro de su taller de pintura. Alrededor de la mesa, varios atriles de colores, dos estanterías con productos y materiales artísticos, una biblioteca atiborrada de libros, pequeñas esculturas de cuerpos desnudos, paletas multicolores, frascos de vidrio con pinceles de todos los tamaños y grosores, hileras de lienzos apoyados sobre el piso de pinotea. Todo eso -que mi memoria llegó a registrar- son los ingredientes con los que ella pinceló y retrató, durante largos años, ese juego de luces y sombras que caracterizó su proceso de construcción y expresión femenina.

Silvina nació en el barrio de Villa Crespo en el seno de una familia trabajadora de clase media. Desde pequeña experimentó su femeneidad recluída en su cuarto, preservándose de posibles miradas sancionatorias. Con el correr del tiempo, esta práctica se fue tornando cada vez más frecuente -y casi compulsiva durante la adolescencia - y eso la llevó a comportarse como una persona solitaria y culposa.

Luego de graduarse en la Escuela Nacional de Bellas Artes⁵ como docente de artes plásticas, comenzó una intensa búsqueda identitaria que fue experimentado durante largos años en una alternancia de luces y sombras: mientras de día se desempeñaba como profesor de dibujo y pintura en escuelas medias de la Ciudad de Buenos Aires y en el taller que montó en su casa de Colegiales, de noche experimentaba el género femenino en encuentros de *crossdressers*⁶.

El primer día que entrevisté a Silvina conversamos alrededor de 40 minutos sentadas en un patio tupido de plantas de su PH de Colegiales. Ante la pregunta sobre cómo había sido su proceso de transición vaciló y me dijo: “Soy una artista plástica, y la mejor manera de narrar mi historia es que vengas a ver mi obra porque ella es mi mejor autobiografía”.

A los pocos días visité su muestra de arte en la galería “Agua Fuerte” en el barrio

de San Telmo⁷. Allí, ella expuso una serie de cuadros en donde tematizaba sobre lo que fue su búsqueda identitaria hasta llegar a ser esa *mujer trans*—tal como ella se identifica— que es hoy.

La muestra tenía una particularidad: no había cuadros expuestos a lo largo de toda la extensión de las paredes como suele suceder en la mayoría de estos eventos. Para apreciar aquello que Silvina quería contar y transmitir a su público respecto de su proceso de expresión femenina era necesario ingresar a un cuarto cerrado —de manera casi hermético— y uno mismo poner a jugar las luces y las sombras. Sólo con la participación activa del espectador ese relato de vida tomaba forma y adquiría su espesor.

Me acompañó hasta la habitación donde estaba la serie pictórica, me entregó una linterna con luz ultravioleta, y se retiró diciéndome: “tomate tu tiempo, porque para comprender mi historia, tenés que poder leer entre penumbras”.

La obra mostraba, a través de distintas series compuestas por cuadros pintados al óleo, momentos clave de la vida de Silvina en su proceso de devenir trans: el crecimiento de su pelo largo; sus labios delineados de rojo; la primera vez que se puso tacos altos; su cuerpo feminizado con pene; sus prácticas eróticas, por mencionar algunos acontecimientos.

Pero además, transversalmente, su relato pictórico daba cuenta de ese *claroscuro* en el que ella osciló hasta que expresó socialmente su feminidad trans. La propuesta consistía en una heterogeneidad de imágenes superpuestas a lo largo de la serie que adquirirían protagonismo o se escondían de acuerdo a la iluminación que le diera su espectador. La luz blanca en la sala mostraba su vida de día como el hijo mayor, profesor de artes plásticas y novio de Camila, mientras que cuando el espectador apagaba la luz blanca se dejaba entrever, iluminado por la luz ultravioleta, el transcurrir clandestino de esa feminidad que Silvina deseaba en secreto y sólo dejaba salir cuando caía el sol, por temor a situaciones de estigmatización y de violencia hacia una identidad que no respondía a las expectativas sociales.

“Yo tenía miedo de que me mataran, no sólo en la calle o la policía, sino también que me mataran simbólicamente: que me despidieran de mi trabajo, que mis estudiantes se fueran de mi taller, que mi familia me rechazara, que mi novia me dejara...”.

Es decir, la obra evocaba la convivencia de lo masculino con lo femenino, la alternancia de ambos en un mismo cuerpo, la disposición a expresar uno u otro de acuerdo a las circunstancias de la vida cotidiana de Silvina. En ese *claroscuro* ella fue construyendo un tipo particular de feminidad signado por una estética femenina —tal como mencioné en párrafos anteriores— combinado con roles masculinos que desarrollaba en sus ámbitos laborales y sociales y en sus prácticas erótico-afectivas.

Ahora bien, centrándonos en la puesta en escena, ese *claroscuro* sólo adquiría sentido a partir de la combinación de las luces y las sombras que manipulaba el espectador, y que representaba esa tensión entre lo masculino y lo femenino con la que Silvina convivió hasta sus treinta y siete años⁸.

“Pintarme como Silvina fue la manera que encontré para canalizar mi insistente deseo femenino reprimido durante tantos años (...) Fue

en esa superposición de figuras humanas donde al tiempo que lo masculino se encogía sobre sí, lo femenino afloraba y ganaba, de manera paulatina, protagonismo” (Entrevista de la autora a Silvina, San Telmo, 14/4/ 2013).

Esa alternancia pictórica, que retrataba los momentos del “día” y la “noche” en el transcurrir cotidiano de Silvina, implica un especie de disociación social de la personalidad (Meccia, 2003) que le permitió a ella, a diferencia de las travestis y transsexuales vinculadas a la prostitución o de otras transfeminidades que han asumido su género femenino de manera permanente, sostener sus espacios laborales, profesionales y sus relaciones interpersonales. Esta particularidad resulta un dato fundamental al momento de concebir las heterogeneidad de (des)ventajas que caracterizan al universo trans, incluso dentro del género femenino.

Sin embargo, cuando expresó socialmente su identidad trans fue separada del aula -y pasó a realizar tareas administrativas- en una de las escuelas en las que enseñaba dibujo. Luego de un año y medio de haber iniciado acciones legales, y amparada en la Ley de Identidad de Género⁹, fue reincorporada a sus actividades docentes.

2.2. *Transhistorias*

“Mi primera rebeldía de género, al menos la más temprana que recuerdo, sucedió cuando yo tenía ocho años. Era un domingo, en una reunión familiar multitudinaria en nuestro departamento de la avenida Santa Fe. Además de mis padres, mi abuela y mis hermanos estaban los dos hermanos de mamá con sus familias, todas numerosas. Cuando terminamos de almorzar, uno de mis tíos sentenció: “los varones a la cancha, las mujeres al cine”. Ese domingo se jugaba el clásico Racing-Independiente, que nucleaba la mayoría de las preferencias familiares.

En una butaca en medio de una larga fila de mujeres, yo ví ‘La pérgola de las flores’, en el Gran Splendid” (Mi primera vez, en *Trans Historias. Relatos de Transexualidad*, pág.13, María Laura Alemán).

Cuando María Laura comenzó su transición tenía 56 años. Hasta entonces compartió su vida con Gabriela -con quien estaba casado desde hacía 25 años- y con sus tres hijos/as en un amplio departamento del barrio de Palermo. Desde joven, vivió como un reconocido compositor¹⁰ y artista musical, cualidades que le permitieron ganarse la vida con su profesión combinando la docencia y la dirección de coros, hecho que le permitió tener un buen pasar económico y un distinguido estilo de vida (Bourdieu 1988: 53-55) y la admiración de sus colegas y de su grupo de amigos. Entre tanto, procuraba mantener acallada y relegada a la oscuridad a la mujer que bullía dentro de ella.

Durante esos largos años en los que reprimía su sentir femenino, la escritura de cuentos, canciones y relatos cortos le funcionaron como catalizador de sus sentimientos más profundos y como una forma de resistencia a ese rol masculino que -a regañadientes- expresaba ante los demás. “No me resulta extraño que yo me hubiera quedado muda e inexistente del todo sino hubiera sido por mi escritura (...)

) me hacían visible, me daban existencia y no tengo ninguna duda de que salvaron mi vida”, sostiene María Laura.

Las transhistorias, en particular, le permitieron narrar esos eventos significativos de esa mujer transexual que llevaba consigo, en silencio, desde que tiene uso de razón como así también registrar aquellos primeros momentos de su transición.

“Fue en el verano de 1972 -último año de la primaria- que me coloqué agua oxigenada en un mechón de pelo que caía sobre la frente (...) lo que había descubierto de manera muy inconsciente era que podía convertirme en una mujer -aunque ocultara esas pulsiones en lo más profundo de mi- haciéndome cosas en el pelo (...) yo seguí con los experimentos capilares, que generalmente consistían en aclararme el pelo o hacerme reflejos. Me encantaba verme con ruleros (...) disfrutaba enormemente entrar a una peluquería de mujeres y ser atendida allí (...) Y si bien para el mundo era un hombre al que le gustaba teñirse el pelo, lo que a mi me encantaba era estar rodeada de otras mujeres, y ser una más” (Aleman, mimeo: 35).

De los documentos escritos, podemos observar cómo, pese a los mandatos sociales que desde niña le señalaban qué hacer o dónde ubicarse, y en su juventud le cercenaban su insistente deseo femenino, María Laura experimentó su identidad de género en silencio a través de gestos nimios o en detalles casi imperceptibles para el resto de las personas pero que significaban para ella el goce de su sentir íntimo y profundo de esa femineidad reprimida.

3. Espacios de fuga

3.1. Música y glamour

“La música fue el modo de canalizar mi parte femenina, eso que no podía compartir con los demás, era mi espacio de liberación y la puesta en escena de mi verdadera identidad”, afirma Débora. Ella comenzó a tocar la guitarra a los diez años, al mismo tiempo que se lanzó a experimentar a escondidas con indumentaria asignada socialmente al género femenino. Su pasión por la música la heredó de su papá quien falleció cuando ella era aún una niña.

Creció junto a su madre, su hermano menor y su abuela materna en una casa del barrio de La Horqueta, localidad de San Isidro, en la provincia de Buenos Aires. Y estudió en un prestigioso colegio trilingüe (español-alemán-inglés) de la zona.

Transcurrió su niñez y su adolescencia en una permanente contradicción: “la tensión entre lo masculino y lo femenino me acompañó toda la vida”. Al tiempo que disfrutaba mucho de los torneos de fútbol en los que participaba, sentía un enorme placer al refugiarse en la soledad de su cuarto para maquillarse los ojos y lucir la ropa de su madre.

Fue esa contradicción y el miedo que le generaban las posibles consecuencias de asumirse como una mujer trans -tal como ella se identifica- que decidió *guardarse*²¹ hasta sus cuarenta años. Hasta entonces, se desempeñó como un trabajador marítimo en una empresa multinacional que transportaba productos electrónicos de

Alemania a Argentina. Ofició de hermano mayor y del tío “preferido” de sus tres sobrinos varones con quien regularmente jugaba al fútbol.

Durante esos largos años, llevó -al igual que Silvina- una doble vida (Alvarez Broz, 2017; 2019): experimentó su identidad femenina de manera furtiva entre sus afectos y amigos, incluso de Cecilia, su esposa.

Fue la música el lugar que Débora encontró para desplegar, de manera solapada, su feminidad. Desde su adolescencia, empezó a construir una estética femenina que lucía tan solo arriba del escenario: el empleo de esmalte rojo o plateado en las uñas de sus manos, los ojos delineados pronunciadamente de color negro y el uso de algunos accesorios como aros y pulseras punteaban esa Débora que bullía con fuerza en la soledad de su intimidad. Tanto su familia como sus amigos interpretaban su *look* como parte del *glam* con el que ella dotaba a sus espectáculos musicales, en consonancia con la excentricidad que por esos años portaba la exitosa banda musical Kiss, de la cual ella era una gran admiradora.

Sin embargo, lo que su entorno desconocía es que para Débora esa puesta en escena musical significaba mucho más que el espectáculo que ella montaba para ofrecer a su público. La construcción de esa estética fue el *locus* privilegiado que ella encontró para expresar su deseo de feminizarse aún con sus contradicciones -la convivencia de lo masculino con lo femenino- “sin necesidad de matar una para vivir la otra”, y también resultaron esos primeros pasos en el largo proceso de transformación y de visibilización como una persona trans.

Cuando finalmente le contó a su familia sobre su identidad trans sucedió lo que ella sospechaba y tanto temía: su hermano menor le pidió que no se acercara a sus hijos -los tres sobrinos de Débora- porque no quería que fueran estigmatizados por su entorno por tener una persona trans en su familia. Desde entonces, nunca más volvió a verlos.

3.2. La Peluquería

La peluquería que María Laura frecuentaba no sólo era el lugar donde ella disfrutaba ir a teñirse el pelo y conversar largas horas con las empleadas del local. También resultó el espacio de ensayo de su feminidad postergada.

De lunes a viernes se desempeñaba como profesor de música y director de dos prestigiosos coros de escuelas situadas en Barrio Norte. Y aunque adoraba vivir de la música, le encantaba ir a la peluquería, aprender las tareas y ayudar a atender a las clientas.

Cuando Graciela, la dueña de la peluquería, tuvo que viajar por temas familiares a España, le preguntó a María Laura si le interesaba ir a trabajar los días sábados, ya que el salón se llenaba y las empleadas no daban a basto. “Y si bien yo no necesitaba el dinero, era mi día libre así que acepté fascinada”, recuerda María Laura.

Su tarea principal era en la pileta lavando las cabezas y realizando baños de crema. Las clientas disfrutaban de sus masajes relajantes en el cuero cabelludo mientras ella, gozoza, escuchaba las historias personales -vinculadas al amor, la amistad y la familia- que traían para contarle.

“Ese fue el primer lugar donde yo empecé a presentarme como María Laura. Los primeros tiempos iba vestida de manera andrógina

pero mi placer pasaba por usar un delantal blanco como el resto de mis compañeras. A medida que fui tomando confianza y me sentía cada vez más aceptada por las chicas y las clientas, comencé a usar la pollera que siempre ansí lucir. Y al poco tiempo me animé a ponerme zapatos con un poco de taco alto. Me sentía realmente plena como siempre lo había soñado...” (Alemán, mimeo: 38).

Con el correr de las semanas, incursionó en la realización de la práctica del *brusing* y algunos trabajos de tintura. Y aunque el trabajo era agotador -por la cantidad de horas que pasaba allí- y ganaba poco dinero, ella esperaba toda la semana para que llegara el día sábado. En paralelo, María Laura comenzó a concurrir al Hospital Durand con el propósito de iniciar su proceso de transición y de sumarse a los grupos de apoyo a personas transexuales.

A la vuelta de Graciela a la peluquería, María Laura, que estaba en pleno tratamiento de feminización, quiso exponer, con gran entusiasmo, su nueva identidad frente a su jefa y amiga. “Fue mi último día de felicidad en la peluquería (...) se enojó tanto al verme que me pidió que nunca más volviera”, rememora María Laura.

Hasta aquí pudimos observar cómo tanto Silvina, Débora y María Laura llevaron adelante, parafraseando a Goffman (1970), formas diversas de ocultamiento del estigma que recae sobre sus identidades para resguardarse y a la vez prepararse para las potenciales situaciones de desventaja social. Para ello, desarrollaron elecciones prácticas (como formarse, desarrollarse profesionalmente, sostener un trabajo, entre otras cosas) con el propósito de “protegerse de los riesgos cotidianos” (Sheper-Hugues, 1992) que pudieran sucederse como consecuencia de su visibilidad trans, y eso postergó –consciente o inconscientemente- su *coming out*.

En ese marco, la *doble vida* resultó una táctica privilegiada que les permitió ensayar su identidad femenina al tiempo que “calcular de la mejor manera sus posibilidades” (Gay, 1995) de acción para no cumplir la profecía travesti-trans: vincularse a la prostitución, la violencia y la marginalidad. No obstante, esa elección conlleva un costo emocional: la imposibilidad de llevar una vida deseada y sólo poder expresar el género femenino en las sombras, en espacios restringidos y de manera esporádica durante gran parte del curso de sus vidas.

4. Vínculos de alianza

4.1. *Vivir de prestado*

Ir en contra de la profecía de tener que ganarse la vida con el ejercicio de la prostitución tiene un costo significativo para las transfeminidades. Entre las dificultades que se les presentan las más acuciantes están relacionados con el hecho de acceder (y sostener) un trabajo y conseguir una vivienda una vez que ya asumieron su identidad de género. Por eso sus trayectorias, en el camino de la sobrevivencia, están signadas, muchas veces (sobre todo cuando aún son jóvenes), por la necesidad de *vivir de prestado* (Alvarez Broz, 2017), y el hecho de sobrellevar la vergüenza o la culpa que esta situación les genera.

Alma es oriunda de la provincia de Salta pero se crió en la Ciudad de Buenos

Aires en el seno de una familia numerosa de clase media donde se discutía fervorosamente de política y se interesaba por el debate de problemáticas contemporáneas (como la legalización del aborto o el consumo de marihuana para uso medicinal, por mencionar algunas). Sin embargo, cuando ella hizo su transición se las tuvo que arreglar sola: osciló entre largos meses de desocupación y trabajos precarios tales como la venta de productos de cosmética o de comida casera. Durante esos tiempos difíciles subsistió gracias a la ayuda de su hermana menor con quien, paradójicamente, había tenido una relación conflictiva durante su infancia y también su adolescencia. Entre ellas funcionó un acuerdo tácito:

“Aprovechando que yo cuidaba a mi sobrino dos horas por día hasta que sus padres regresaban del trabajo, mi hermana, con cierta sutileza para no ofenderme, me dejaba todos los días en la heladera alguna variedad de tarta de verduras, legumbres o milanesas de soja con ensalada teniendo en cuenta que yo era vegetariana¹². En ese gesto, y sin necesidad de explicitarlo, mi hermana me garantizaba uno de los platos de comida diaria. Después, a la noche, me arreglaba con una sopa. Al principio sentí mucha incomodidad por tener que vivir a expensas de otras personas, pero dadas las condiciones en las que me encontraba era eso o ‘hacer la calle’” (Entrevista a Alma, Ciudad de Buenos Aires, Boedo, 5/5/2014).

Por su parte, también Raquel, hija única de un matrimonio de clase media residente en Villa Luro, su transición la llevó a irse de su casa apenas cumplió los 18 años de edad debido a la imposibilidad de permanecer en el hogar familiar una vez que se asumió como una mujer trans puesto que no estaba dispuesta a “camuflarse de varón” para ser aceptada como le exigieron sus padres. Se la pasó con un bolso a cuestas yendo y viniendo de un lado a otro. “No tenía donde dormir, me la pasaba girando de la casa de una compañera de la facultad a la casa de la otra, sintiendo el frío de la cama porque nunca era mía”, recuerda.

Como era miembro del centro de estudiantes de la facultad de Psicología (de la UBA), consiguió un trabajo en la oficina de apuntes y publicaciones que, si bien le brindaba un sueldo muy modesto, le permitía tener un ingreso fijo todos los meses del ciclo lectivo: desde abril a noviembre. Para poder mantenerse completaba sus ingresos como paseadora de perros y con la venta de productos de cosmética.

Así todo, no estaba en condiciones de alquilar un departamento para vivir sola, necesitaba la ayuda de sus compañeras de estudio. No sólo por los costos que implicaba mantener el departamento, sino principalmente por los requisitos para acceder a una vivienda alquilada.

“Yo pude ‘entrar’ a un alquiler gracias a mis compañeras, de otra manera hubiera sido imposible. No sólo porque yo no hubiera podido mantenerlo sola, ni siquiera contaba con el dinero para ingresar. Pero el problema no sólo era el tema de los costos. Para las travestis y las mujeres trans, y más aún por aquellas épocas, era impensable que una inmobiliaria o un particular nos alquilara a nosotras. Porque el primer problema que se nos presenta es que como la gran mayoría se desvin-

culó de su familia de origen, no tienen una persona tan cercana a quien pedirle prestada la garantía de su casa. Y eso se agrava aún más cuando nuestros datos registrales no coinciden con nuestra apariencia. Y aún hoy en día eso persiste. Incluso cuando los documentos de identidad coinciden con nuestra imagen, las inmobiliarias manifiestan distintas excusas o ponen ciertas trabas que se presentan como administrativas pero que en realidad son de índole moral y hacen imposible la operación inmobiliaria. Porque tanto las inmobiliarias como los dueños de las propiedades asocian a las tran con cuestiones ilegales como la venta de drogas, la delincuencia, o tienen la fantasía de que van a usar los departamentos como un centro de prostitución”. (Entrevista a Raquel, Ciudad de Buenos Aires, Congreso, 16/6/2013).

Tal como relata Raquel, las transfeminidades se enfrentan a una serie de dificultades a la hora de alquilar un departamento que les torna casi imposible acceder a una vivienda sin la alianza con otras personas. Puesto que, más allá de haber sido sancionada la Ley de Identidad de Género en 2012, subsisten muchos prejuicios y aún recae sobre sus identidades el estigma sexual (Herek, 2007).

Por ello, la ayuda de sus compañeras fue fundamental: ellas se ocuparon de conseguir la garantía entre sus familiares y se hicieron cargo de la firma del contrato de alquiler. Pero eso no es todo.

Durante los meses de verano cuando no tenía el ingreso regular de la oficina de apuntes y publicaciones, se las rebuscó para trabajar en casas de familia en tareas de limpieza y de planchado de ropa, actividad que combinaba con el paseo de perros y eventualmente la venta de productos cosméticos. Pero esas actividades apenas le alcanzaban para cubrir el alquiler y pagar los gastos fijos. Así es que para el resto de sus necesidades experimentaba la situación de depender de la ayuda de otras personas para su subsistencia.

Sus compañeras, de manera sutil, le garantizaban el plato diario de comida:

“Todas las noches cuando regresaba de devolver a los perros, ellas me esperaban con la comida lista para sentarnos a la mesa. Me decían que de las compras se encargaban ellas, porque yo tenía que trabajar en las casas y pasear a los perros y volvía tarde. Yo me daba cuenta que no era por eso...era la forma que ellas encontraron para ayudarme y no ponerme incómoda ante la situación. De todos modos me daba mucha vergüenza. Porque cada vez que yo volvía a casa quería darles dinero y me decían, nos pagás mañana o el viernes cuando cobrás. Y ese día no llegaba nunca...” (Entrevista de la autora a Raquel, Ciudad de Buenos Aires, Congreso, 16/6/2013).

Tanto el relato de Raquel como el de Alma ponen de manifiesto biografías donde se articulan una serie de experiencias de vulnerabilidad, en el sentido que le otorga Pecheny (2016) que no son resultado de actitudes individuales o familiares, de conocimientos y prácticas, sino que remiten a procesos estructurales cuya particularidad es que se retroalimentan. En el caso de ellas tiene relación con la desprotección de su

familia nuclear, la dificultad de acceder a una vivienda, las peripecias para conseguir un trabajo, las desventuras a las que se exponían cada vez que salían a la calle, es decir, que exceden a las cuestiones económicas, y que se van entrelazando con otros problemas sociales, culturales y subjetivos por el efecto dominó a lo largo de sus trayectorias.

4.2. Lazos de (des)amor

Cuando María Laura hizo su transición pasados los 50 años, su familia de origen la tildó de “demente”. A partir de entonces, se produjo una significativa indiferencia familiar en torno a su transexualidad puesto que ni su madre ni tampoco sus hermanos se interesaron en su proceso de feminización.

“Hoy en día, y eso que ya pasaron algunos años, se refieren a mi como ‘Eduardo’, y me tratan como si padeciera algún trastorno de identidad. En eventos familiares casi que no intervengo en las conversaciones porque cuando tomo la palabra hacen oídos sordos a lo que digo, desacreditan mis opiniones, y se comportan conmigo como si fuera una persona enferma. Y esa indiferencia hacia mi fue avanzando de manera progresiva, simplemente dejé de ir a las reuniones. Y la verdad es que nunca nadie me llamó para preguntarme qué me pasaba” (Entrevista a María Laura, Once, 2/5/2015).

La indiferencia y la negación de María Laura en el seno familiar puede leerse a la luz de la perspectiva de las microagresiones, como una forma de *microinvalidación* (Sue et al., 2007: 278) que implica inhabilitar simbólica y físicamente a la persona, causando sentimientos de angustia y tristeza como consecuencia del aislamiento al que es sometida la persona implicada.

“Cuando una persona comienza a transitar su transexualidad comienza un proceso de invisibilización hacia los demás (...) te tratan como si no existieras (...) la mayoría de mis familiares dejaron de hablarme. Se me corrió de todos los lugares que había conquistado y cada vez que no hallé ninguna salida a la expresión de mi existencia, me enfermé” (Entrevista de la autora a María Laura, Once, 2/5/2015).

Pero no todos los integrantes de su familia se vincularon de esa manera con ella. Su ex esposa y sus tres hijos, en cambio, acompañaron a María Laura en su proceso de transición y fueron artífices de la “transformación amorosa” –tal como ella la define– en la que devinieron como familia.

“Apenas comencé a feminizarme y a asumirme como María Laura tomamos la decisión con Gabriela de separarnos, pese a que a mi me siguen atrayendo las mujeres. Pero por supuesto respeto su decisión. De todos modos seguimos vinculándonos como familia, cambió la rutina claro, pero almorzamos o cenamos todos juntos durante la semana, hacemos salidas los sábados o los domingos, y los chicos armaron su propia dinámica en mi nueva casa de la que progresivamente se fueron apropiando. Y pese a que me reconocen y me tratan como María Laura no han resignado el padre que sigo siendo para ellos,

porque me lo demandan y porque quiero seguir ocupando ese lugar en mi familia”. (Entrevista a María Laura, Once, 2/5/2015).

De lo antedicho podemos observar cómo, más allá de su cambio de género, sigue ejerciendo su rol paterno articulado con Gabriela, es decir, continúa realizando las mismas prácticas que antes de transicionar pero ahora como María Laura: acompañando cada semana a su hijo a los partidos de fútbol, participa en los campamentos escolares de las chicas como organizadora de las actividades deportivas o, haciendo lo que más disfruta: asesorando a su/s hijo/as en la organización de sus propias presentaciones musicales.

El relato de María Laura da cuenta de algo que ya Butler (2001) había advertido en los estudios sobre personas trans, respecto de la independencia que presenta el sexo, el género, las prácticas sexuales y el deseo. Y, a la luz de su relato, también podemos preguntarnos cómo funciona el rol de género en las trayectorias biográficas de las transfeminidades.

Por otro lado, también para Alma resultó crucial la contención y el acompañamiento de Facundo, su novio, a quien conoció en la facultad apenas ingresó a la carrera de filosofía.

“Transitar la universidad sin su apoyo hubiera sido impensable. Cada vez que tenía que rendir finales era un martirio: no sólo los nervios de ser evaluada -y eso que llegaba a los exámenes con un promedio de 9- sino el temor que sentía ante la posibilidad de que me impidieran -como ya me había pasado- rendir el examen dado que los profesores cuestionaban la no correspondencia de mi imagen con el nombre que figuraba en el acta de examen. La verdad que, algunas pocas veces, y después de conversarlo mucho con Facundo, fui vestida de manera andrógina y con el pelo recogido para no tener problemas con los profesores y poder acceder, al igual que el resto de mis compañeros, a mi derecho al examen final. ¡Pero no sabés la angustia que eso me provocaba! Después de haber postergado tantos años mi expresión de género eso me recordaba a los momentos más tristes de mi vida...” (Entrevista a Alma, Boedo, 25/6/14).

Pero Facundo no sólo la aconsejaba respecto de las desavenencias con los/as profesores/as y la protección de los desaires que le provocaba, cotidianamente, el resto de sus compañeras/os, sino que además la acompañaba en cada trámite burocrático que implicaba poner en tela de juicio su identidad.

“Era un desgaste tremendo tener que hacer un trámite en el Departamento de Alumnos. ¿Imaginate lo que era portar una identidad trans en una institución educativa antes de la Ley de Identidad de Género? Cada solicitud de certificado de alumno regular o de la historia académica implicaba las miradas burlonas hacia mi de parte del personal no docente. Recuerdo una vez cuando llegué a la ventanilla y dos hombres se sonrieron con mirada cómplice, y uno de ellos dijo: ‘cuántas travas que tenemos en los trámites ultimamente...cuánta burocracia’. Desde

ese día pasé casi un año hasta que volví a realizar un trámite, y acompañada de Facundo” (Entrevista a Alma, Boedo, 25/6/14).

En el relato de Alma se deja entrever un tipo de sociabilidad afectivo-amorosa-sexual, parafraseando a Blanco (2012), que resultó de suma importancia para ella ya que le permitió continuar con sus estudios más allá de las dificultades y las malas experiencias que se le presentaban en la vida universitaria: en el trato que recibía al momento de gestionar un trámite, en la poca comprensión por parte de los/as profesores/as, en la indiferencia que recibía del resto de los/as estudiantes, por mencionar algunas situaciones.

Pero luego de cuatro años de noviazgo y convivencia, Alma y Facundo se separaron, como consecuencia de las constantes presiones que llevaba adelante la familia de él para que no continuara su relación con una mujer trans. Lo amenazaron con dejar de pasarle la cuota de ayuda mensual que Facundo utilizaba en gran parte para costear el alquiler donde vivían juntos y ese dinero era vital puesto que Alma tenía ingresos muy irregulares y trabajos muy precarios como la venta de productos de cosmética o de comida casera. La desvinculación amorosa con Facundo la llevó a abandonar sus estudios –al menos hasta este momento–¹³ faltándole tan sólo dos materias para obtener el título de licenciada en filosofía.

“Hoy estoy pensando en retomar la facultad. Creo que muchas de las cosas que sufrí por esos años hoy ya no serían así, y además estoy plantada en otro lugar. Tengo un documento que dice mi nombre, hay mayor sensibilidad y consciencia sobre la comunidad travesti-trans y hoy yo conozco cuáles son mis derechos, y estoy amparada por una Ley que, aunque debe seguir trabajándose, garantiza un derecho fundamental: que se respete mi identidad”. (Entrevista a Alma, Boedo, 10/10/15).

En el relato de Alma podemos apreciar cómo, parafraseando a Meccia (2018), el cambio social se entrelaza con las transformaciones subjetivas de la persona, es decir, el hecho de que se haya sancionado una Ley de Identidad de Género en el año 2012 en la Argentina le permite a ella pensar en la posibilidad de retomar sus estudios y terminar su carrera, al sentir que el derecho a su identidad será respetado y garantizado en aquella misma institución educativa que hace varios años tenía una dinámica expulsiva con las personas trans.

5. Comentarios finales

En este artículo me propuse analizar los relatos de vida de las personas trans-femeninas no vinculadas a la prostitución, focalizando en sus narrativas biográficas y en documentos vitales que ellas, de manera significativa, han seleccionado para contar sus historias de vida y experimentar de manera “clandestina” el género femenino.

En primer lugar, me interesa destacar que la representación social que lleva a las entrevistadas a postergar su expresión social de género es el miedo a convertirse en

una persona estigmatizable (Goffman, 2012) vinculada a la violencia, la marginalidad, la delincuencia y la prostitución (Alvarez Broz, 2017). Por estos motivos, retrasan -en un gradiente que va desde la temprana juventud hasta la entrada a la adultez- su *coming out*, hecho que trae aparejado sentimientos de soledad, tristeza, angustia y ansiedad por reprimir su insistente deseo vinculado con su sentir íntimo y profundo: su identidad femenina.

Esta situación de espera prolongada de su expresión de género las lleva a crear ciertos espacios de fuga y “escenarios” donde ensayar -de manera solapada ante los demás- su despliegue subjetivo postergado.

Como podemos observar a través de sus relatos, y pese a las resistencias y las adversidades que presentan sus entornos familiares y afectivos y los ámbitos educativos y laborales por donde circulan, ellas desarrollan ciertas tácticas (De Certeau, 1996) para feminizarse de manera camuflada ante las posibles miradas sancionatorias. En ese “acto ético y poético” (De Certeau, 1996: 84) en que dan rienda suelta a su deseo, podemos ver cómo el devenir trans se hace presente en el proceso vital a través de la *agencia propia* (Meccia, 2012).

Esto toma encarnadura en la producción de relatos pictóricos y en textos escritos donde las entrevistadas narran cómo el hecho de autoretratarse en óleos y autografiarse en cuentos y relatos cortos les permitieron sobrellevar los sentimientos negativos que le generaba la autorepresión de su identidad de género. Pero no sólo eso, también esos óleos y esos escritos autobiográficos nos permiten apreciar formas heterogéneas y dinámicas propias de experimentar lo femenino.

Asimismo, otras de ellas encontraron “escenarios” vinculados a sus pasiones y a sus pequeños placeres -como los shows musicales y la peluquería-, locus privilegiados para (in)visibilizar sus vivencias clandestinas vinculadas al propio deseo.

Por otro lado, en el análisis de sus relatos se deja entrever la importancia que tuvieron ciertas personas en sus trayectorias biográficas y en ciertos momentos cruciales de su vida.

Tal como dan cuentas sus relatos, el hecho de tener que vivir de prestado o ser acogidas por sus vínculos afectivos les permitió a las entrevistadas hacer frente a las adversidades que se les presentaban al poco tiempo de haber hecho su transición. En ese sentido, podríamos pensar que la particularidad de estas biografías es que la *agencia propia* (Meccia, 2012) se combina con la *agencia* de quienes ofician de aliados/as en el proceso de devenir de una transfemineidad, potenciando su existencia en distintos planos: social, simbólico, subjetivo y económico.

Por último quiero destacar que el *guardarse*, es decir, no visibilizar su identidad trans hasta entrada la juventud o la adultez constituyó para ellas, en principio, una práctica agentiva (Ortner, 2016) privilegiada que les permitió encarar planes y proyectos vinculados a su máspreciado deseo: vivenciar la transfemineidad. Y en ese sentido podemos pensar que los relatos de vida que se materializaron en sus objetos personales (óleos y escritos autobiográficos), los espacios de fuga y las redes socio-afectivas que ellas mismas crearon les permitieron no sólo *agenciar* una forma de resistencia a los mandatos heteronormativos sino también experimentar feminidades diversas en función de sus singularidades, espacios propios y procesos subjetivos.

Sin embargo, y como expuse en otra oportunidad (Alvarez Broz, 2017) la poster-

gación de su *coming out* no les garantiza mayores ventajas, puesto que, lo pierden (casi) todo. En todo caso, las mejores condiciones para hacer frente a las adversidades que se les presentan dependerá, una vez más, de las redes sociales que hayan construido y acumulado a lo largo de sus vidas (Alvarez Broz, 2017: 226). Porque como vimos, incluso sus capitales (económicos, sociales y simbólicos) se ven afectados a partir del momento en que comienza su devenir trans.

De allí, sostengo que existe un gradiente de visibilización trans que indica que a menor edad del *coming out* habrá mayores situaciones de privación y vulnerabilidad social, sin que ello implique que quienes asumen su identidad trans a mayor edad tienen garantizada una mejor calidad de vida, o no estén atravesadas, luego, por distintas desventajas sociales, como hemos visto en los relatos biográficos analizados.

En todo caso, lo que podemos decir es que, las trayectorias biográficas de las transfemineidades están atravesadas por “otras formas de desigualdad” (Alvarez Broz, 2017) -distintas a las de las travestis y transexuales vinculadas a la prostitución - más imperceptibles y sutiles de acuerdo a la etapa de la vida en que se encuentren pero no por ello menos perjudiciales para quienes las padecen y las sufren.

Recibido 25 de marzo de 2019. Aceptado 17 de octubre de 2019.

* *Mariana Álvarez Broz* es Doctora en Sociología (IDAES-UNSAM) y docente de grado y posgrado del IDAES-UNSAM. Es co-directora del Programa de Estudios sobre Sexualidades, Géneros y Violencias del IDAES-UNSAM. Su investigación se centra en las formas y las relaciones de igualdad-desigualdad de la población travesti-trans de Argentina. Ha publicado diversos artículos en revistas académicas sobre la articulación entre diferencia(s) y desigualdad(es) haciendo hincapié en los clivajes de clase, géneros y sexualidades. E-mail: mariana.c.alvarez@gmail.com

Notas

¹ Parte del material empírico de este artículo fue utilizado en otra publicación cuyo propósito fue analizar las especificidades que conllevan las experiencias de desigualdad de las personas transfemeninas. Para más información, consultar en: “Guardarse. Prácticas de (in)visibilización y agenciamiento de las personas transfemeninas del Área Metropolitana de Buenos Aires”, en *Papeles de Trabajo*, Año 13, Número 21, 2019.

² Denomino “transfemineidades” a aquellas personas trans que se identifican, aunque de manera heterogénea con “lo femenino”, y cuyas trayectorias no están vinculadas a la prostitución. Dentro de esta categoría analítica, algunas formas de identificación que ellas utilizan son: “mujer trans”, “mujer transexual”, “mujer”, “femi-

neidad trans”, por mencionar algunas. A los fines del trabajo analítico, me refiero a ellas como transfemineidades poniendo el prefijo “trans” para señalar, al tiempo que acentuar, esa experiencia de subjetivación.

³ La decisión y elección de esta técnica responde a la importancia –y a la necesidad– de llegar a las personas trans a través de otra persona trans (más allá de que fuera amiga/o, conocida/o, o que sólo lo/a hubiera visto/a una vez en la vida) debido a las reiteradas situaciones de estigmatización y discriminación sufridas por la población travesti-trans.

⁴ Es dable mencionar que los nombres de las transfemineidades y sus parejas y familiares fueron modificados para preservar sus identidades salvo en el caso de María Laura

Alemán que me solicitó explícitamente ser referenciada con el nombre que eligió una vez que asumió su identidad de género. Siendo la identidad un tema tan sensible y fundamental para las personas trans, me referiré a ellas respetando su deseo a la vez que sus pedidos de anonimato.

⁵ Por entonces, la Escuela Nacional de Bellas Artes se llamaba “Prilidiano Pueyrredón”. Actualmente es la Universidad Nacional de Arte (UNA).

⁶ Las *crossdressers* son hombres que cultivan la femineidad como valor en la estética visual. Se definen como hombres pero esporádicamente –dependiendo de cada uno– necesitan expresar su lado femenino, y que incluso muchas veces su objeto sexual son también otras mujeres. Para ampliar, véase Figari 2008.

⁷ La galería de arte Agua Fuerte se encuentra ubicada en la calle Piedras 895, barrio de San Telmo, Ciudad de Buenos Aires.

⁸ Silvina vivió con una identidad masculina hasta sus treinta y siete años, y sólo en la intimidad con su pareja o en eventos de hombres *crossdresser* experimentaba y expresaba su femineidad.

⁹ Ley Número 26.743 fue sancionada el 9 de mayo de 2012 y le otorga a las personas trans y travestis el derecho de ser reconocidas y tratadas conforme a su identidad de género. Para acceder a los artículos de la ley consultar: <http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/195000-199999/197860/norma.htm>

¹⁰ María Laura me contó que había ganado en dos oportunidades el primer premio al mejor compositor de música clásica de la Ciudad de Buenos Aires.

¹¹ “Guardarse” es un término nativo con el cual mis informantes refieren al hecho de postergar su expresión social del género femenino y su visibilización como una persona trans con el propósito de preservarse de posibles situaciones de estigmatización, discriminación y violencia.

¹² Durante la entrevista Alma me contó que era vegetariana hacía más de diez años.

¹³ Durante uno de los tantos encuentros que mantuve con Alma me manifestó su deseo de retomar sus estudios ahora que iba a poder modificar sus datos registrales en su legajo, debido a la sanción de la Ley de Identidad de Género (N° 26.743).

Bibliografía

Alemán, M. L. (2011) *Relatos de transexualidad*, Mimeo.

Alonso, L. (1998). *La mirada cualitativa en sociología: una aproximación interpretativa*. Madrid: Fundamentos.

Álvarez Broz, M. (2017). ¿Cuánta (des)igualdad somos capaces de aceptar? Formas, mecanismos y relaciones de (des)igualdad en personas trans de la Argentina contemporánea (1990-2015). Tesis de Doctorado en Sociología, IDAES-UNSAM, Inédita.

Barreda, E., & Isnardi, V. (2004). Travesismo y prevención del VIH/sida: reacomodando algunos conceptos. *VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires*.

Bertaux, D. (ed) (1981) *Biography and Society. The Life-History approach*. Londres: Sage.

Bertaux, D. (1999). El enfoque biográ-

fico: su validez metodológica, sus potencialidades. *Proposiciones*, 1-22.

Bourdieu, P. (1977). *La ilusión biográfica. Razones prácticas*. España: Anagrama.

Butler, J. (2005). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires: Paidós.

Blanco, R. (2012). “Neutralizar o encarnar la vergüenza. Sociabilidad estudiantil y regulaciones sexo-genéricas en la universidad”, en Jones, Figari y Barrón López (coord.). Buenos Aires: Biblos.

Blumer, M., Ansara, G. y Watson, C. (2013). “Cisgenderism in Family Therapy: How Everyday Clinical Practices Can Delegitimize People’s Gender Self-Designations”, *Journal of Family Psychotherapy*, 24, pp. 267-285.

Connell, R. W. (1995). *Masculinities*.

Sydney: Allen & Unwin.

De Certeau, M. ([1990] 1996). *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*. Mexico DF: Universidad Iberoamericana.

Dubet, F. (2015). *¿Por qué preferimos la desigualdad?* Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Fernández, J. (2004). *Cuerpos desobedientes. Travestismo e identidad de género*. Buenos Aires: Edhasa.

Foucault, M. (2002 [1976]). *La historia de la sexualidad I*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Goffman, E. ([1963] 2012). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.

Garfinkel, H. (2006). *Estudios en etnometodología*. Mexico-UNAM: Anthropos.

Kornblit, A. (2007). Historias y relatos de vida: una herramienta clave en metodologías cualitativas. En A. L. Kornblit, *Metodologías cualitativas en Ciencias Sociales. Modelos y procedimientos de análisis*. (págs. 15-31). Buenos Aires: Biblos.

Martin-Barbero, J. (1987). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. México: Gustavo Gili.

Marradi, A. (2012). La entrevista en profundidad. En A. Marradi, N. Archenti, & J. Piovani, *Metodología de las Ciencias Sociales* (págs. 191-197). Buenos Aires: Cengage Learning Argentina.

Meccia, E. (2006). *La cuestión gay. Un enfoque sociológico*. Buenos Aires: Gran Aldea.

Meccia, E. (2003). Cuatro antinomias para una sociología de las minorías sexuales. En M. Margulis, *Juventud, cultura y sexualidad* (págs. 155-174). Buenos Aires: Biblos.

Meccia, E. (2011). *Los últimos homosexuales*. Buenos Aires, Gran Aldea.

Meccia, E. (2012) "Subjetividades en el puente. El método biográfico y el análisis microsociológico del tránsito de la homosexualidad a la gaycidad". *Revista Latinoamericana de Estudios Sociológicos*. Editora. ISSN 1853-6190. Pp.38-51.

Meccia, E. (2018) "El tiempo no para. Los últimos homosexuales cuentan la historia, en *Discurso de presentación en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata*, 2 de mayo de 2018.

Misse, M., & Coll Planas, G. (2010). *El gé-*

nero desordenado. Críticas en torno a la patología de la transexualidad. Barcelona: Egales.

Nadal, K., & Rivera, D. y Corpus, H (2010). Sexual orientations and transgender microaggressions in everyday life: experience of lesbians, gays, bisexuales and transgender individuals. En D. Sue, *Microaggression and marginality: manifestation, dynamics and impact* (págs. 217-240). New York: Wiley.

Ortner, S. (2016 [2006]). *Antropología y teoría social. Cultura, poder y agencia*. Buenos Aires: UNSAM.

Pecheny, M. (2002). "Identidades discretas". En L. Arfuch, *Identidades, sujetos y subjetividades* (págs. 127-147). Buenos Aires: Prometeo.

Pecheny, M. (2001). *Ciudadanía y minorías sexuales*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.

Pecheny, M. (2008). Introducción. Investigar sobre sujetos sexuales. En M. Pecheny, C. Figari, D. Jones, *Todo sexo es político. Estudios sobre sexualidades en Argentina* (págs. 9-18). Buenos Aires: El Zorzal.

Pecheny, M. (2016). En G. Kessler (compilador), *La sociedad argentina hoy. Radiografía de una nueva estructura*. (págs. 257-280). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Preciado, B. (2008). *TESTO YONQUI*. Madrid: Espasa Calpe.

Reygadas, L (2008) *La apropiación. Destejiendo las redes de la desigualdad*, Anthropos Editorial, México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2008.

Salessi, J. (1995). *Médicos, maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la Nación Argentina (Buenos Aires 1870-1914)*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo.

Simmel, G. (2002). *Cuestiones fundamentales de sociología*. Barcelona : Gedisa .

Simmel, G. (1938). *Cultura Femenina*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.

Sue, D. (2010). *Microaggression and marginality: manifestatio, dynamics and impact*. New York: Wiley.

Tilly, C. (2000). *La desigualdad persistente*. Argentina: Manantial.

Valentine, D. (2007). *Imagine Transgender: An Ethnography of a Category*. Durham

and London : Duke University .

Wang, J. L. (2011). When the seemingly innocuous “stings”: racial microaggressions

and their amotional consequences. *Personality and Social Psychology Bulletin* (37) , 1666-1678.